

Fecha de creación: 2003

Autor: Jon Sarasua

Fuente del texto: Artículo escrito para la revista T.U. Lankide sobre la intercooperación con el desarrollo del Sur que está emergiendo en nuestro entorno cooperativo.

Idioma original: Castellano

Una intercooperación que emerge

La solidaridad es un (si no *el*) valor fundamental del movimiento cooperativo. El cooperativismo nació como respuesta y alternativa práctica a los problemas para la dignidad humana que suponían las relaciones capitalistas en el siglo XIX. Hoy, la solidaridad ante la indignidad humana plantea otras interpelaciones al movimiento cooperativo mundial. En este principio del siglo XXI, si las cooperativas plantean la forma de orientar su compromiso social solidario, es inevitable que surja la necesidad de dar respuesta a su dimensión global y atender a la realidad interpeladora del Tercer Mundo relegado por nuestro modelo de desarrollo.

Puede surgir la tentación de argumentar que “bastante tenemos con lo de aquí”, pero ya es un argumento que no se sostiene con una lectura rigurosa de la realidad global desde los valores cooperativos. Sin duda la autogestión económica tiene un fuerte componente local, enraizado. Y desde luego que *aquí* hay mucho por apoyar. Pero la responsabilidad adquirida con el Tercer Mundo es evidente, y una parte del compromiso social debe tener marca global. Debe, y puede.

Oportunidad

Esta dimensión solidaria puede ser, junto con otros, un elemento de sentido complementario que aporta nuevo aire, que entronca con las sensibilidades más comprometidas de la sociedad y orienta a las cooperativas en una dimensión coherente con su esencia.

La experiencia cooperativa necesita respirar. Necesita aire nuevo en estos momentos. La mayor parte de ese aire nuevo debe venir por el impulso de la participación real en el trabajo y por su vertiente de democracia empresarial, sin duda. Pero también necesita de aire nuevo en la concepción de su compromiso social, en la concepción de su ubicación en la realidad social, local y global. En ese sentido, nuestro cooperativismo debe respirar también por los poros que abren las sensibilidades sociales de las nuevas generaciones: debe de respirar enraizamiento y compromiso sociocultural con nuestra sociedad vasca y debe respirar también solidaridad global. Al fin y al cabo, debe respirar sensibilidades culturales, ecológicas y solidarias si no quiere quedarse fuera de las energías implicadoras y conciencias movilizadoras de estos tiempos. Avanzar en la intercooperación solidaria es abrir una vía en ese sentido.

La verdadera oportunidad que se le ofrece a MCC es abrir una línea de intercooperación con estilo propio, compartiendo su saber-hacer cooperativo con realidades cooperativas surgidas en la pobreza. MCC tiene una singular experiencia que compartir: es un referente de desarrollo endógeno (empresarial, educativo,

financiero, social). Está en una **posición privilegiada** para abrir una vía de intercooperación con realidades cooperativas en el Tercer mundo. Y puede hacerlo con un estilo cooperativo: basándose en el flujo de experiencia, en la capacitación y en la siembra autogestionaria pragmática.

Sistema propio

Todo ello nos lleva a concluir que no sirve cualquier tipo de cooperación con el Tercer Mundo. No se trata de dar dinero a ONGs o a proyectos. Se trata de cooperar con un *sistema de intercooperación propio*. ¿Que es lo que quiere decir un sistema de intercooperación propio? Supone hacer un camino en el campo de la cooperación al desarrollo de los sectores más desfavorecidos del Tercer Mundo, pero hacerlo con aquello que tenemos para aportar desde nuestra experiencia de desarrollo endógeno, cooperativo, autogestionado.

Es un salto cualitativo importante orientar los esfuerzos solidarios *globales* de MCC por medio de un sistema de intercooperación propio, superando el peligro de dispersión de donaciones de tipo asistencial. Hay que partir de la idea de **compartir el *know-how* acumulado** en la experiencia cooperativa, y compartirlo intercooperando con comunidades extremadamente pobres pero con trayectoria autogestionaria.

Todo lo anterior parecerá lejanamente bonito a algunos, pero la verdad es que es ya una realidad en marcha. Se ha identificado un tipo de agente colectivo en el Tercer Mundo, apto y abierto para este tipo de intercooperación. Dentro de lo que se está empezando a llamar *economías populares*, existe un tipo de agente especialmente interesante: las cooperativas ligadas a estas experiencias de economías populares, ligadas a procesos organizativos campesinos y urbanos, así como a comunidades indígenas. Estas Cooperativas de Ecomonías Populares (CEP) son un referente importante para una cooperación en clave de **desarrollo endógeno y autogestionado**. Acompañar a las CEP y establecer un **flujo de conocimientos** aplicado a sus necesidades puede ser una vía de cooperación con enorme potencial.

Recogiendo de primera mano la interpelación de muchos protagonistas del Sur se ha empezado a abrir un campo de actuación: la adecuación de la experiencia de Mondragón en cuanto a estrategias integradas autogestionarias y en cuanto a herramientas de gestión adaptadas para apoyar el desarrollo de las CEP ligadas a realidades comunitarias con alto índice de pobreza. Es un campo que ya está dando sus primeros resultados, y que se proyecta con visión a largo plazo.

Inicio de un camino

Esta vía de intercooperación que se abre se plantea como un sistema donde confluyen los proyectos de intercooperación con CEP concretas, programas de formación e intercambio de experiencias, prácticas y proyectos de alumnos de M.U. en el Sur, y la investigación aplicada al flujo de know-how y a la capacitación de las CEP en diferentes áreas de gestión. Tiene la virtud de **implicar muy diversos agentes** de nuestro entorno cooperativo: técnicos en activo, cooperativistas jubilados, alumnos y profesores universitarios, profesionales y voluntarios.

Bastantes ojos nos están mirando, ya que supone cierta **novedad en el campo de la cooperación** al desarrollo implicar todo un movimiento cooperativo en ello. Es una novedad tanto para la sociedad vasca, los financiadores públicos de la cooperación, como para muchas ONGDs y agentes del Sur. Existen, por otra parte,

interesantes referencias análogas, como la del movimiento cooperativo del Québec, con su potente sistema de intercooperación que lleva 12 años funcionando.

Estamos en el punto inicial de un camino. Un inicio que ha resultado bastante original, intenso y que ha diseñado ya las bases de una **visión de futuro**. Parece que se van a orientar crecientemente los esfuerzos de las cooperativas de MCC (tanto destinando una parte pequeña pero estructural de sus fondos sociales, como ofreciendo capacitación técnico-humana) en una intercooperación propia, endógena, con marca de la experiencia cooperativa, que movilice nuestros agentes y recursos.

Yo creo que es una dimensión cargada de futuro. Y que arranca con una orientación correcta. Es una oportunidad de dar cuerpo actualizado al número 9 de nuestros principios básicos ("Carácter universal") otorgando una dimensión más amplia al principio de intercooperación. Es un campo que está emergiendo, nos ofrece una oportunidad y una interpelación.